

# La Violinista

Alison Oropeza



Image not found.

# Capítulo 1

## Prólogo

No sé cuánto tiempo estuve riendo, pero el eco de mi carcajada todavía resuena y rebota contra las paredes de esta pequeña habitación. Mi respiración es agitada, no he logrado controlar los apresurados latidos de mi corazón que retumba violento contra mi pecho.

Mis manos tiemblan.

Las miro.

Sangre.

Están cubiertas de sangre.

Intento doblar mis dedos pero me cuesta, es una tarea titánica. No me sorprende, me ha pasado lo mismo desde el accidente. Estoy acostumbrada.

Limpio mis manos contra mis caderas para que el suave terciopelo de mi vestido limpie la sangre. Aún está fresca.

Sonrío.

Oh... Ojalá pudiera repetirlo, ha sido tan... Estimulante.

Miro hacia abajo y siento cómo mi sonrisa crece al verlo.

A mis pies está el cuerpo inerte de Jollie, mi hermana menor. No se mueve. Por fin, luego de quince años en los que me aplicó una tortura cruel, he logrado hacer que deje de moverse. Sus rubios cabellos están empapados con sangre y sudor.

Se ve horrible.

No...

Ahora luce hermosa, hermosa como debió ser siempre.

Sus ojos aún están abiertos, azules y vacíos. No miran a ninguna parte, están hinchados y rojos. Ha llorado. Detesto que llore. Grita cuando llora y odio sus gritos. Por eso clavé las tijeras en su garganta, para que dejara de gritar. Aún sigue brotando la sangre de las heridas y ella no respira.

Mi sonrisa crece más cuando veo sus manos, sus perfectas manos con esos dedos delgados y las uñas perfectamente cuidadas. A Jollie le encantaba hacerse la manicura cada semana en el salón de belleza donde también le fascinaba cortarse el cabello cada mes. Me gustan sus manos, siempre me han gustado. Seguramente a Jollie no le provocaba dolor el simple hecho de flexionar los dedos. No tiene las cicatrices que yo tengo en las muñecas. Y con justa razón, ella no estuvo en el accidente. He tenido que cortarlas. Jollie trató de detenerme, así que corté sus manos. El cuchillo para carne que usé reposa ahora en su estómago. Tuve que clavarlo ahí pues Jollie no dejaba de llorar.

Hay mucha sangre, demasiada, y sigue encharcándose con cada segundo que pasa.

Me coloco de rodillas junto a Jollie y la miro más de cerca.

Con esa mirada vacía y los labios entreabiertos, luce tan preciosa, siempre debió verse así.

Mientras la observo recuerdo la serie de eventos que me trajeron aquí.

De vuelta a Waycross, Georgia.

De vuelta a la casa de mis padres cerca de Heritage Center.

De vuelta a la añorada habitación de Jollie.

Es una oleada de recuerdos que me golpea como si el impacto viniera en forma de un puño de hierro. Lo recuerdo todo como si hubiera sido ayer...

## Capítulo 2

### Capítulo I

Todo comenzó en Georgia.

Vivía con mi familia en Waycross, entre Heritage Center y Winona Park. Nos mudamos a Georgia desde Londres hace diez años. Nuestra casa era enorme, absurdamente enorme. Constaba de dos plantas y dos bellos jardines, uno al frente y uno atrás. Tenía un estilo muy rústico y campirano, fue idea de mi madre ya que le encantaba el efecto visual que daba.

Mi familia, de apellido Winthord, no era muy numerosa. Éramos sólo mi madre, mi padre, mis dos hermanas menores y yo. Mi madre, Conny, era una dedicada ama de casa que siempre estaba al pendiente de su familia. Mi padre, Albert, trabajaba como profesor de inglés en Waycross Middle School y ganaba un salario que para mí era miserable aunque él decía que estaba conforme. Mi hermana menor, Emily, tenía diez años y estudiaba en Wacona Elementary School. Mi otra hermana menor, Jollie, contaba ya con quince años y estudiaba en Ware Country Middle School. Por último estaba yo, la hija mayor. Annaliese, de veinte años.

Yo solía asistir a Ware Country High School pero abandoné mis estudios tras la graduación que, por cierto, fue la celebración más absurda de la vida. ¿De qué servía celebrar a los graduados? Era sólo una forma en la que los profesores y directivos festejaban que no tenían que seguir soportando a esos estudiantes que tantos problemas les habían causado durante largos años.

Tras mi graduación, fui aceptada en la Universidad de Georgia, pero yo rechacé esa oportunidad ya que mi única ambición en la vida era asistir a Juilliard. Eso se debe a que desde niña me interesó el arte. El teatro y la música. Especialmente la música. Pero mis estúpidos padres no me permitieron siquiera buscar una forma de ser aceptada en Juilliard pues no querían que me fuera sola a Nueva York. Sin la oportunidad de cumplir con esa ambición de asistir a la mejor escuela de artes del país, tomé una

decisión: renuncié terminantemente a la Universidad de Georgia y me rehusé a siquiera buscar otra universidad aunque tuvieran un buen programa sobre artes.

Cuando mi padre se dio cuenta de que ni siquiera me interesaba darme a la tarea de conseguir un empleo, intentó llegar a un acuerdo conmigo. Desde los once años toco el violín, así que me consiguió trabajo en Waycross Middle School como profesora de música. Aunque, ambos sabíamos que eso era únicamente una forma de mantenerme vigilada para que no escapara a Nueva York.

Si tengo que ser sincera, debo decir que odiaba mi trabajo con toda el alma. Mis estudiantes eran chiquillos inútiles que se inscribían a mi clase para pasar el rato, conseguir créditos extra sin tener que hacer más que asistir un par de horas a la semana, beber y fumar sin un profesor estricto que los llevara a la oficina del director. A mí no me importaba que lo hicieran, me hacía de la vista gorda y sólo tocaba el violín hasta que era hora de que mi padre me llevara a casa.

El camino en auto desde la escuela hasta la casa Winthord era una tortura.

Papá se quejaba constantemente de un alumno suyo, Jimmy Prescott, que era el típico sujeto bravucón que fastidiaba a los marginados.

Cada vez que lo escuchaba quejarse de ese tema, pensaba que a mi padre lo había fastidiado un sujeto como Jimmy Prescott en sus tiempos de escuela.

Luego de un largo viaje de media hora, llegábamos a casa. Mi padre aparcaba el auto y nos recibía Emily. Gritaba y corría a abrazar a mi padre para mostrarle cualquiera de sus tareas del colegio con la nota más alta de la clase, para decirle que había ayudado a hacer la cena, o simplemente para entregarle un dibujo hecho única y exclusivamente para él en la clase de arte donde a ella y a sus compañeros los hacían pintar con los dedos. Mi padre la tomaba en brazos, besaba sus mejillas y le regalaba cinco dólares o un caramelo de limón, lo primero que pudiera encontrar en su bolsillo.

Entrábamos a la casa y aparecía Jollie, siempre vestida con su uniforme de animadora exhibicionista. Ella besaba las mejillas de mi padre y luego lo convencía de darle cincuenta dólares para comprar cualquier prenda de vestir para prostitutas que pudiera llamar la atención de Tyler Maddison, el imbécil mariscal de campo de Ware Country High School con el que mi hermana había estado enrollándose durante los últimos meses.

Pasaban dos minutos antes de que mi madre me obligara a preparar la

mesa para la cena.

Nos sentábamos, bendecíamos los alimentos y comíamos.

En ese momento había que soportar a Jollie cuando comenzaba a decir que Tyler Maddison era el novio más romántico y principesco del mundo. Y cuando Jollie estaba callada, cosa que ocurría en tan contadas ocasiones que cuando pasaba podías pedir un deseo, Emily nos hablaba sobre cómo había logrado la nota más alta en algún examen. Mi madre contaba también todo sobre su día haciendo jardinería, luego mi padre volvía a quejarse de Jimmy Prescott.

Y yo...

Yo nunca tenía nada que contar.

Al terminar la cena, Jollie y yo debíamos lavar los platos sucios.

Estando ahí, debía soportar a Jollie cuando me hablaba aún más sobre Tyler Maddison. Ella solía decir que Tyler era su príncipe salido de un cuento de hadas, pero la realidad era distinta. Yo sabía que la única razón por la que estaban juntos era que Jollie dejaba que Tyler le tocara los pechos cuando estaban solos en la habitación de ella y por eso Jollie se vestía como una barata prostituta, para intentar llamar la atención de Tyler y mostrarle que había más piel que tocar además de ese par de pechos de quinceañera. Jollie nunca cerraba la boca.

Esa maldita rutina se repetía día con día, excepto los sábados y los domingos. Esos días sólo me dedicaba a tocar el violín. Dejé de asistir a la iglesia hace cinco años. Nunca fui muy creyente ni me consideraba católica, pero mi familia sí. Vaya que sí... Mi madre se enfurecía conmigo cada domingo por la mañana, cuando yo no quería levantarme para acompañarlos a esas celebraciones eucarísticas del demonio.

Yo odiaba a toda mi familia, a todos ellos, y no me cuesta decirlo. Pero si tuviera que elegir a quién de todos ellos detestaba más, tendría que decir que era a Jollie.

Jollie era la favorita de mis padres y ellos no escatimaban en recursos para hacérmelo saber y recalcarlo a cada segundo.

Cuando yo tenía quince años, nunca me dejaron salir con ningún muchacho, (y si debo ser honesta, jamás quise enrollarme con ninguno), pero a Jollie nunca le prohibían verse con Tyler Maddison sin preocuparles siquiera si esa pequeña prostituta estaba usando métodos anticonceptivos o no.

Tyler y Jollie ni siquiera podían considerarse como una pareja formal pues sólo seguían su rutina: se besuqueaban y Tyler le tocaba los pechos a mi hermana, luego discutían cuando Jollie se rehusaba a devolver el favor, Tyler se subía la bragueta de los pantalones y se retiraba. Pero siempre volvía al día siguiente y repetían lo suyo. Mis padres no lo sabían y yo nunca se los dije. ¿Qué caso tendría, si ellos me habrían dicho que sólo estaba alucinando pues Jollie era incapaz de hacer semejante atrocidad?

Pero esta historia gris dio un tremendo giro cuando ellos llegaron a mi vida.

En una ocasión, mientras daba un paseo para alejarme de las constantes críticas de mi madre sobre mi evidente desinterés por ayudarle con la jardinería, me topé con un atractivo chico en Winona Park: Christopher Bean. Él era un camarero de Pond View Fine Dining & Inn. ¿Que si su miserable empleo fue lo que me interesó? De eso, nada. Lo que llamó mi atención de Christopher fue que, además de dedicarse a tomar las órdenes de los clientes, era músico... O algo parecido. Tocaba la flauta de una forma preciosa. Cuando me mostró su habilidad con la flauta y yo hice lo mismo con mi violín, Christopher y yo hicimos migas de inmediato. Comencé a visitarlo en su trabajo todos los sábados...

Y fue entonces que conocí a Alex Byron.

Alex era el mejor amigo de Christopher, se consideraban casi hermanos pues eran amigos de toda la vida. Él también era músico, como Christopher. Tocaba la guitarra y componía canciones que con su propia voz interpretaba. De nuevo recurrí a mi talento con el violín, le mostré lo que yo sabía hacer como si estuviéramos jugando a te muestro lo mío si me muestras lo tuyo. Le fascinaron tres de mis propias composiciones y comenzamos a salir.

Christopher y Alex me presentaron a otras dos personas, dos chicas que completaban su círculo del que yo ya me había vuelto parte. Se trataba de una chica pelirroja, Daphne Wayne, y su contraparte morena, Cyril Douglas. Daphne tocaba el cello como una profesional aunque decía que era mero pasatiempo y Cyril tenía una voz preciosa, entonaba tales notas que no podía evitar imaginarla cantando en la Opera House.

Salía con mis nuevos amigos cada fin de semana, incluso cuando mis padres lo prohibían. Siempre me pareció estúpida esa actitud. Mis padres se quejaban de que pasaba mucho tiempo en casa pero cuando comencé a salir más frecuentemente, eso también les disgustó.

Cosas de padres, supongo.

Alex me visitaba cada noche. Como era de esperarse, mis padres no lo aprobaron. Ellos decían que Alex era un inadaptado por dedicarse a la música. Yo los escuchaba en silencio, aunque en el fondo siempre estuve convencida de que creían lo mismo de mí.

En una ocasión, durante la cena, Jollie intentó ser graciosa y dijo que quizá lo que yo necesitaba era que Alex me hiciera el amor.

Me reí a carcajadas y le respondí que Tyler Maddison sólo quería salir con ella para tomar su virginidad. Jollie se levantó de su asiento, me abofeteó y no volvió a hablarme por un tiempo.

Y sucedió que, un par de días después, vi a Tyler Maddison en la parada de autobús hablando con sus amigos sobre su nueva conquista. Estaba engañando a mi hermana con una animadora pre-universitaria que le hacía sexo oral en su auto. Sonreí con malicia pues creí que Jollie merecía que Tyler Maddison le rompiera el corazón.

Una tarde decidimos hacer un día de campo en Winona Park.

Iba nuestro grupo completo: Christopher, Alex, Daphne, Cyril y yo.

Estar sentados en una manta atiborrándonos de comida chatarra resultó ser de lo más aburrido, así que optamos por ir al sótano de Alex. Compramos cervezas y cigarrillos, cosa que ya era común entre ellos desde mucho antes de que me admitieran en su círculo. Estando ahí, Daphne fue quien dio un tema de conversación. Nos explicó que su hermana mayor, Kayley, le había dicho que en su universidad harían audiciones para encontrar nuevos talentos para The Grand Opera House. Nos propuso, muy emocionada, que fuéramos. Supuse que aquello era por Cyril, ya que tenía una voz preciosa a la hora de cantar. Para llegar a las tan mencionadas audiciones, había que viajar a Nueva York. Acepté acompañarlos sin oponerme en ningún momento, pues en Nueva York estaba Juilliard.

Aquella noche, luego de que los demás se retiraran y Christopher tuviera que llevar en brazos a Daphne pues la cantidad de alcohol que llevaba en la sangre era tan exagerada que ni siquiera podía ponerse en pie, Alex y yo nos quedamos solos en su sótano.

Bebimos hasta embriagarnos e hicimos el amor.

No sentí placer y tampoco sentí dolor al tener por primera vez el miembro de un hombre entre mis piernas. Y por culpa de la maldita resaca, no tenía muchos recuerdos de esa experiencia.

Pero a pesar de ello, la rutina se repitió cada fin de semana.

Beber y hacer el amor. Jamás, en ningún momento, logré sentir nada placentero... Aunque, creo que se debe a que ni siquiera mi relación con Alex me importaba.

Cuando le comenté a mis padres todo sobre la audición, fue como si anunciara que estaba embarazada y que no conocía al padre de mi futuro hijo quien además había sido concebido en un sucio cubículo del baño de hombres de algún bar de mala muerte.

Mi madre lloró y se lamentó por tener una hija fracasada.

Mi padre, que siempre era bastante violento cuando se le provocaba, me abofeteó por haber tenido la fugaz idea de irme de Georgia.

Jollie canturreó que sólo quería irme para practicarle el sexo oral a Alex en el auto mientras duraba el viaje.

Emily entonces preguntó qué era el sexo oral, yo le respondí que Jollie sabría explicarle con lujo de detalles y eso detonó una pelea.

Cuando llegó el día, una semana después, sólo salí de la casa cargando mi violín y mi equipaje. Nadie me despidió y yo tampoco hice el esfuerzo por decir adiós. Caminé hasta la casa de Alex y fue ahí cuando supe que viajaríamos con sus padres hasta el Aeropuerto Internacional de Atlanta en una vieja camioneta de color negro. Sus padres iban al frente. Daphne, Christopher y Cyril estaban en el medio. Alex y yo íbamos en el asiento trasero.

Nos pusimos en marcha. Estaba muy emocionada y sólo podía pensar que si con ese viaje lograba mejorar al menos un poco mi vida, todo sería mejor. Obtendría el éxito que tanto deseaba como violinista profesional, llenaría de orgullo a mis padres y Jollie dejaría de ser la hija favorita.

Pero algo ocurrió.

Cuando íbamos en la carretera escuché gritar a los padres de Alex, a Christopher y al resto. Sus gritos se mezclaron con el chirrido de los neumáticos, el sonido de los cristales rompiéndose... Y sentí el impacto.

Mi cuerpo se dobló hacia atrás y entonces todo se apagó.

## Capítulo 3

### Capítulo II

Cuando desperté, lo primero que noté fue que estaba recostada en una de esas camas de hospital. Me encontraba aturdida, supuse que quizá era por culpa de la medicación. Percibí una vía intravenosa incrustada en mi brazo derecho.

Mis ojos estaban aún entrecerrados, ni siquiera quería tomarme la molestia de abrirlos por completo pues incluso mis párpados aullaban de dolor. Mi visión se nublaba por momentos, mi cabeza dolía como si estuviese siendo golpeada con mil martillos a la vez. Intenté girar el cuello para mirar mi borroso entorno. Sentí cómo crujía, era como si no lo hubiera movido en siglos. A mi lado izquierdo pude ver la entrada a la habitación donde me habían trasladado, estaba cerrada y no podía ver a nadie por la pequeña ventanilla cuadrada que daba vista hacia el pasillo. De ese lado había también una silla en la cual reposaba una manta de color púrpura. La reconocí al instante pues era la misma que Jollie usaba para cubrirse en aquellos días lluviosos cuando se quedaba hasta tarde con mi madre viendo malas teleseries en la sala de estar.

Haciendo un tremendo esfuerzo, giré la cabeza hacia el lado contrario.

Nuevamente mis huesos se quejaron por la evidente falta de movimiento.

Del lado derecho estaba la bolsa que contenía el líquido transparente que me administraban por la vía intravenosa.

Había una ventana con persianas blancas y una puerta entreabierta que conducía a un diminuto cuarto de baño, lo supe cuando alcancé a distinguir un inodoro. Devolví mi cuello a su posición original sintiendo de nuevo ese molesto dolor, repitiéndome a mí misma una y otra vez que debía dejar de moverme. Frente a mí había un televisor apagado. Las sábanas no eran suaves ni cómodas, eran ásperas y frías. Sólo estaba cubierta con una de color azul celeste y me habían vestido con una bata

de hospital que era del mismo color. Todo mi cuerpo dolía como si hubiese sido machacado mil veces en una máquina trituradora. Mi boca estaba seca como si hubiera recorrido un desierto, necesitaba urgentemente beber un buen trago de agua.

Intenté incorporarme pero el dolor en mi espalda lo volvió completamente imposible. Me dejé caer de nuevo en la cama y abrí totalmente los ojos. Mi visión tardó un poco en aclararse totalmente.

Fue entonces que pude ver mis brazos. En toda la extensión de piel que mis ojos alcanzaban a ver había vendajes, algunos tenían pequeñas manchas de sangre. Me pregunté si acaso todo mi cuerpo estaba en las mismas condiciones, pero no podía ver mucho estando en esa posición. No lograba recordar lo que había pasado. Mi último recuerdo vívido antes de caer en la inconsciencia fue ese sonido metálico y estruendoso cuando ocurrió el choque. Sin embargo mi mundo se apagó y me fue imposible recordar más. Me pregunté con cierta desesperación cuánto tiempo llevaba ahí, postrada en esa cama. Quería saber ansiosamente dónde estaban Christopher, Alex, Daphne y Cyril. La puerta de la habitación se abrió en ese momento y vi entrar a una enfermera de edad avanzada y cabello canoso.

No sé porqué, pero su aspecto me recordaba a un ave de rapiña.

La enfermera no se dignó a mirarme, sólo se dedicó sólo a revisar mis signos vitales y los anotó en una hoja de papel sujeta con un broche metálico a una tabla de madera. Acto seguido, se retiró como si yo fuera invisible.

Percibí un intenso ardor en mis mejillas, era como si todo mi cuerpo estuviera despertando lentamente luego de haber pasado un buen tiempo sin funcionar. Seguí sin moverme pues el dolor en todo mi cuerpo aumentaba gradualmente. Deseaba que entrara de nuevo la enfermera con aspecto de ave de rapiña para pedirle que me administrara una buena dosis de morfina.

La puerta de la habitación volvió a abrirse y vi entrar a un doctor con sobrepeso, de piel oscura y que resollaba cada pocos pasos. Me pareció irónico que una persona dedicada a la salud de las demás personas fuera precisamente alguien que cargaba con casi cien kilos. Se acercó a mí y luego de corroborar mis signos vitales, me dedicó una cálida sonrisa.

Mi primera impresión de él fue que ese doctor era un idiota.

— ¿Cómo se siente, señorita Winthord? —me preguntó con voz amigable.

— ¿Qué me pasó? —fue lo único que pude responder.

Mi voz sonaba muy distinta a como la recordaba. Era casi como si hubiese pasado años sin escucharla. Me costó un poco aceptar que esa voz me pertenecía.

El médico me ignoró olímpicamente y revisó en silencio la bolsa con el líquido que me administraban por la vía intravenosa.

—Tuviste un accidente —explicó tras una breve pausa—. Un múltiple choque automovilístico. El auto en el que viajabas se impactó contra un autobús turístico y otros cinco autos.

Mostraba tal tranquilidad en su tono de voz que me pareció más imbécil que en mi primera impresión de él. Parecía que él viera ese tipo de acontecimientos a diario y al enterarse de uno nuevo, incluso le parecía gracioso. Pero para mí no lo era.

— ¿Dónde estoy? —le pregunté.

—Estamos en Mayo Clinic Health System —me explicó.

Recordaba vagamente ese nombre pues mi madre había dado a luz a Emily en el área de maternidad del mismo hospital donde yo estaba en ese momento.

— ¿Puedes incorporarte, Annaliese? —me preguntó el doctor.

Negué con la cabeza y no quise dignarme a mirarlo nuevamente. El médico continuó haciéndome preguntas estúpidas. Quería saber qué partes de mi cuerpo dolían más, qué partes ni siquiera podía mover, qué tan intenso era el dolor en una escala del uno al diez. No recuerdo si en algún momento pensé en darle respuestas coherentes. A juzgar por las miradas que me dedicaba, supongo que le respondí lo primero que aparecía en mi cabeza. Tras su interrogatorio, no retiró ninguno de mis vendajes ni me administró más medicación. Se limitó a verificar por última vez mis signos vitales y se retiró sin más.

Esperé durante casi veinte minutos, tiempo que me pareció una eternidad.

Las enfermeras y los doctores pasaban por fuera de mi habitación sin importarles que hubiera dentro una paciente que acababa de despertar y necesitaba respuestas.

Me sentía muy hambrienta, casi famélica, pero nadie se molestó en darme si quiera una ensalada de frutas o un poco de gelatina. Con un

poco de jugo de naranja habría bastado, pero nadie entró a verme.

Al cabo de esos veinte minutos volvió a abrirse la puerta y vi llegar a mi familia.

Mi madre lloraba y sentí un poco de lástima por ella, aunque luego sentí el impulso de abofetearla para que dejara de actuar de esa forma tan ridícula. Mi padre tenía el rostro desencajado y los ojos rojos e hinchados, también quise golpearlo por avergonzarme de esa manera. Emily abrazaba su muñeca favorita y noté que también había llorado, aunque eso no era raro en una niña de su edad. Por último, Jollie sonreía de oreja a oreja y llevaba un ramo de flores variadas en la mano derecha con una cinta de color rosa que llevaba un mensaje escrito con letra cursiva.

¡MEJÓRATE PRONTO!

No quería tener cerca a esos malditos falsos hipócritas.

Mi madre corrió hasta la cama donde yo yacía convaleciente para darme un beso en la frente y acariciar mi cabello. La fulminé con la mirada y ella se retiró dedicándome su falsa sonrisa maternal. Yo sólo quería estar sola, sólo quería que alguien me explicara con lujo de detalles lo que me había pasado. Jollie me envolvió en un abrazo que hizo aullar de dolor a mis costillas. La fulminé con la mirada igualmente pero a ella pareció no importarle y no me liberó de su abrazo en ningún momento. Mi padre acarició mi cabello al igual que mi madre y Emily me besó las mejillas, cubriendo mis heridas con su saliva.

Quería con toda mi alma que se fueran y me dejaran tranquila, pero inmediatamente comenzó un segundo interrogatorio.

—Estuviste inconsciente por días, mi cielo —dijo mi madre.

— ¿Cómo te sientes? —preguntó mi padre.

— ¿Te duelen los golpes? —añadió mi madre.

— ¿Tienes hambre? —continuó mi padre.

— ¿Necesitas algo? —secundó mi madre.

Tantas preguntas, tantas voces, todos me hacían sentir aturdida. Negué con la cabeza ante todas sus preguntas. Por supuesto que no me

sentía bien, por supuesto que me dolían los golpes, me dolía todo el cuerpo, y claro que tenía hambre. Pero lo único que necesitaba en ese momento era que mi familia se fuera y me dejaran sola. Jollie se recostó en la cama junto a mí, invadía deliberadamente mi espacio personal y mi cuerpo destrozado no era de mucha ayuda para ahuyentarla. Mi madre encendió el televisor que en ese momento sintonizaba alguna teleserie de bajo presupuesto. Emily subió a la cama al lado contrario, mis dos hermanas me dejaron en medio y parecían estar compitiendo por ver quién de ellas ocupaba más espacio en esa cama diminuta sin importarles que su simple presencia hiciera que mi cuerpo aullara de dolor. Mi padre salió de la habitación y volvió luego de unos minutos con una pequeña gelatina de limón para que llenara mi estómago. Esa gelatina sabía a mierda.

Mi familia, los doctores, las enfermeras, todos decían lo obvio: que había estado en un múltiple choque automovilístico. Necesitaba respuestas más concretas. Quería ver a Christopher, a Alex, a Daphne o a Cyril para que me explicaran lo sucedido. De pronto, ellos parecían ser las únicas personas en las que podía confiar plenamente.

Pasaron un par de horas hasta que llegó otro médico. Era un lánguido anciano de piel blanca, me pareció albino. Usaba gafas de media luna y por un momento me pareció que tenía mal de Parkinson. Así como con ese doctor con sobrepeso, me pareció irónico que le permitieran ejercer la carrera de medicina a alguien que tenía las manos temblorosas.

El médico miró a mis padres y se acercó a mí.

Me hablaba como si fuera una niña pequeña, no me habría sorprendido que usara títeres de calcetín para explicarme el asunto del accidente.

Sea como fuere, mi primera impresión de él también fue que era un idiota.

— ¿Cómo te sientes, Anna? —me preguntó con su voz aflautada.

No le respondí.

—Soy el doctor McKinley —se presentó—. Voy a hacerte un rápido chequeo.

Por mí, podría haberlo hecho sin necesidad de semejante presentación estúpida.

McKinley comenzó a quitar algunos de mis vendajes.

Mi cuerpo estaba lleno de golpes que se habían tornado de color morado y algunos cortes que tenían puntos, un par de ellos aún tenían un

poco de sangre en los bordes.

A juzgar por la expresión que mi madre esbozaba en ese momento, supuse que ella esperaba que yo me horrorizara al ver mi cuerpo destrozado.

Sin embargo, no me inmuté.

Entonces ocurrió.

— ¿Puedes levantar tus manos, Anna? —me preguntó McKinley.

Levanté primero mi brazo izquierdo, se sentía como un pesado bloque de plomo. El doctor asintió. Examinó en silencio los golpes y los múltiples cortes que tenía en mis brazos. Mis padres se encontraban resguardados en un rincón de la habitación. McKinley me tendió su mano derecha y me dio una orden tan sencilla que me pareció estúpida:

—Estrecha mi mano, Anna. Lo más fuerte que puedas.

Lo intenté, pero mis manos no respondían y mis dedos no se movían. Podía sentir mis manos unidas a mis brazos, pero ellas no obedecían mis órdenes. El pánico comenzó a invadir cada poro de mi cuerpo. McKinley siguió esperando a que lograra estrechar su mano y al cabo de unos minutos, luego de infructuosos intentos, logré flexionar mis dedos. El dolor era tan terrible, tan intenso, era una agonía. Me sentí morir. No pude aplicar mucha fuerza sobre la mano de McKinley. No comprendía lo que ocurría con mis extremidades, pero el dolor logró arrancarme un par de lágrimas.

—Ahora con la otra mano, Anna —me pidió.

Ese dolor tan intenso, tan terrible, apareció también cuando flexioné mis dedos de la mano izquierda. Era como si hubieran estado congelados por mucho tiempo. Por un minuto creí que mis dedos se partirían en mil pedazos y caerían sobre las sábanas, salpicando sangre por todos lados. Parecía que estuvieran hechos de roca. No lo noté antes pues me había negado a intentar moverme. El doctor asintió de nuevo, parecía más un tic nervioso.

—Puedes descansar, Anna —dijo.

— ¿Qué está pasándome? —exigí saber.

Logré sentir cómo brotaban más intensamente las lágrimas de mis ojos.

Mi corazón retumbaba fuerte contra mi pecho y mi respiración estaba muy agitada. Sentí mi frente cubrirse por una capa de sudor frío. Sentía pánico.

McKinley quitó entonces el par de vendajes que cubrían mis muñecas, no me había fijado hasta ese entonces en ellas pues las vendas blancas estaban por todo mi cuerpo y un par más o un par menos no parecía hacer una enorme diferencia.

Me sentí estúpida por no haber analizado bien la situación en cuanto abrí los ojos.

Me horroricé al ver lo que cubrían esos vendajes.

Mis muñecas estaban rodeadas por puntos, unidas con gruesos hilos de color negro.

Me habían vuelto a coser las manos al cuerpo.

La herida se notaba tan profunda que por un momento me pregunté si habían estado seccionadas de mis brazos por mucho tiempo.

Eso explicaba el terrible dolor que experimentaba al moverlas.

Intenté doblar mi muñeca izquierda, pero el dolor me arrancó un fuerte grito que me rasgó la garganta.

— ¡Romperás los puntos si haces eso! —me reclamó McKinley y volvió a cubrir mis muñecas con los vendajes.

— ¡Quiero que me diga en este momento qué mierda ha pasado con mis manos! —exigí con voz alta, estaba siendo presa de un ataque de histeria.

Necesitaba respuestas, necesitaba despertar de lo que probablemente era una terrible pesadilla.

—Cuando llegaste al hospital, tus manos estaban casi totalmente seccionadas de tus brazos —explicó McKinley con indiferencia—. Tuvimos que hacer algunas cirugías de emergencia para reparar los tejidos dañados. El procedimiento ha sido todo un éxito. Es probable que a partir de ahora te cueste mover los dedos, pero con un poco de terapia lograrás manejar tus manos como antes y recuperar su movilidad casi por completo.

Volví a pensar en ese preciso momento que era un idiota. McKinley

abandonó la habitación.

Mi ataque de pánico iba desapareciendo de a poco mientras asimilaba esa información.

Seguí intentando flexionar mis dedos, pero dolía tanto que llegué a pensar que si continuaba intentando seguramente rompería mis huesos. Intenté relajarme, pero mis manos seguían lanzando esporádicas punzadas de dolor que recorrían toda la extensión de mi brazo y tardaban varios segundos en desaparecer.

— ¿Necesitas un analgésico, mi cielo? —me preguntó mi madre.

—No... —respondí en voz baja y luego simplemente estallé—: ¡Lo único que quiero es que salgan de aquí y me dejen tranquila!

Mi voz rebotó contra las paredes de la habitación. Mi madre comenzó a llorar y mi padre la condujo al pasillo mientras intentaba consolarla. Jollie y Emily permanecieron en la habitación. Emily estaba aterrada. ¿Qué sabía ella del miedo cuando no tenía semejantes heridas en las muñecas?

— ¡Lárguense! —les ordené.

Emily comenzó a llorar. Jollie dejó el ramo de flores sobre la mesa, tomó en brazos a nuestra hermana pequeña y ambas se retiraron tras dedicarme una última mirada.

Sentí unas tremendas ganas de tirarme a llorar, pero lo que más quería en ese momento era morir.

## Capítulo 4

### Capítulo III

Los días en el hospital pasaban con una lentitud insoportable.

Parecía que cada segundo duraba una eternidad y era como si todas las personas del mundo se hubiesen organizado para hacer mi vida más miserable mientras estuviese internada en aquél lugar. Las enfermeras hacían las mismas preguntas estúpidas de rutina al mismo tiempo que revisaban mis signos vitales y me dedicaban hipócritas sonrisas antes de preguntarme cómo me sentía en aquél momento. Siempre respondí que me sentía bien, incluso cuando no era así.

Gracias a la medicación, el dolor en mi cuerpo fue menguando poco a poco hasta que sólo era perceptible cuando hacía demasiados esfuerzos para moverme.

El tercer día pude levantarme de la cama y logré mantenerme en pie para dar un breve paseo por la habitación. Al verme caminar, mi madre aplaudió emocionada como si fueran mis primeros pasos en la vida. Nunca la detesté más que en ese momento.

Durante la revisión rutinaria nocturna del tercer día luego de despertar le ordené al doctor albino que no permitiera a mis padres entrar en mi habitación sin antes pedir mi autorización, pues no aportaban nada positivo a mi recuperación.

Mi padre reclamó ofendido mi decisión pero me mantuve firme y no volvieron a visitarme.

Ni siquiera Jollie y Emily volvieron, no las eché de menos pues estando sola me sentía bastante tranquila.

En cuanto a mis manos, hacía todo lo posible para no moverlas más de lo necesario. Al parecer las puntadas iban cicatrizando pues al doctor albino ya no le alarmaba tanto que flexionara mis muñecas. Cerrar los

puños me costaba tanto trabajo que siempre tuve la impresión de que se romperían en mil pedazos en cualquier momento. El doctor insistía en que necesitaba tomar una terapia especial para recuperar la movilidad de mis dedos. Lo escuchaba aunque en mi subconsciente solamente pensaba que ese sujeto era un imbécil.

¿Cómo podía una simple terapia reparar un daño tan irreversible?

El cuarto día llegó una enfermera con un paquete que habían dejado mis padres en la recepción del hospital. Era una caja de cartón que contenía unos cuantos libros que, según una nota escrita por mi madre, harían mi estancia más acogedora y menos aburrida. Dejé la caja debajo de la cama sin siquiera fijarme en los títulos.

Pasaba los días enteros recostada en esa cama y comiendo las porquerías insípidas que servían para los pacientes a la hora de comer. Me apegué a una nueva rutina, sólo que esa nueva rutina tenía un tiempo límite. Así que cada día que pasaba era una ganancia para mí, pues la libertad estaba cada vez más cerca.

Fue hasta el quinto día, cuando recién habían iniciado las horas de visita, que recibí una visita al menos tolerable.

Alguien llamó a la puerta de mi habitación y yo entorné los ojos imaginando que era el doctor albino o una enfermera. Pero al ver a la persona que había entrado, sentí un ligero alivio.

Daphne Wayne estaba ahí, en el umbral de la puerta.

Llevaba un collarín en el cuello pero, por lo demás, estaba ilesa. Vestía con ropas oscuras y su cabello pelirrojo iba peinado con una coleta desaliñada. Creí que definitivamente se veía mucho mejor que yo, que tenía el cuerpo lleno de golpes y vendajes. Daphne se acercó a mí y me besó las mejillas con efusividad. Típico de ella, le fascinaban las demostraciones de afecto.

— ¡Dios, Annie, ya quería verte! —Exclamó emocionada—, ¡He estado muy preocupada por ti! ¡No te imaginas cuanto!

No podía quejarme del molesto ruido que hacía su voz, pues lo cierto era que me alegraba un poco de verla. Daphne no era tan molesta y tan irritante como mi familia, con ella podía ser yo misma sin temor a ser juzgado. Es por eso que incluso podría decir que la consideraba una buena amiga.

Daphne arrastró una silla para sentarse cerca de la cama, no borraba

esa cálida sonrisa de su rostro.

— ¿Cómo te sientes, Annie? —me preguntó.

—Mejor que nunca —mentí, ella esbozó una sonrisa para hacerme entender que ella sabía que no era verdad lo que yo estaba diciendo—. ¿Cómo estás tú?

—Bueno, al parecer podré quitarme esto en una semana —sonrió ella y señaló el collarín con un dedo, pude notar que su manicura estaba recién hecha y lucía en sus uñas un esmalte de color negro.

— ¿Dónde están los demás? —le pregunté.

Aquella debió haber sido la conversación más larga que mantuve con alguien durante toda mi estancia en el hospital. No podía culpar a Daphne, tenía ese toque con todas las personas que conocía. Para cualquiera era imposible ser hostil con ella.

—Todos están bien —me respondió—. Los padres de Alex ya salieron del hospital, el impacto del choque no les afectó tanto como a nosotros. Cyril y Christopher saldrán esta semana, Alex quizá se vaya hoy mismo.

— ¿Todos están aquí? ¿En este mismo hospital?

Recuerdo que mi voz se escuchó en ese momento mucho más aguda de lo que era realmente.

—Claro que sí —respondió ella incrédula, como si yo hubiera hecho la pregunta más estúpida del mundo—. Creí que tus padres te lo habrían dicho, han estado visitándonos a todos para exigirnos una explicación de porqué terminaste así. Como si nosotros tuviéramos la culpa del choque —se quejó soltando un bufido que hizo volar un mechón de cabello que caía sobre su rostro.

— ¿Sabes qué fue lo que ocurrió con mis manos? —le pregunté—. Yo no puedo recordar nada después de sentir el impacto.

Daphne soltó un prolongado suspiro antes de responder.

—Ha sido terrible —dijo y la sonrisa se esfumó de su rostro, supe que estaba por decir algo grande pues la sonrisa de Daphne era algo casi imposible de borrar—. El auto que nos chocó dejó destrozado el lado izquierdo de nuestro vehículo. Cuando nos detuvimos de golpe, se dio otro choque cerca de nosotros. Fue un accidente horrible. Yo no tuve tantos daños, así que logré salir casi de inmediato aunque mi cuello dolía demasiado. Cuando todo terminó, intenté ayudarlos a todos a salir del auto pues se le prendió fuego al motor. Tú fuiste la última y lo lamento

—añadió agachando la mirada—. Estabas parcialmente inconsciente así que me costó trabajo sacarte de ahí. Te pedí que intentaras salir por la ventanilla, el cristal estaba roto y por tu delgada figura creí que podría sacarte por ahí.

>> Pero entonces, llegó el último auto que impactó el nuestro. Con el golpe, los cristales que quedaban en la ventanilla se clavaron en tus muñecas. Gritaste con todas tus fuerzas y te desmayaste casi de inmediato, así que tuve que sacarte a rastras. Los cristales casi atravesaron tus muñecas, quedaron profundamente enterrados.

Me sentí asqueada, hice uso de mi autocontrol para no volver el estómago.

—Cuando llegaron los paramédicos, te atendieron de inmediato. Al retirar los cristales, vimos que tus manos estaban casi separadas de tus brazos. Fue horrible, había mucha sangre. Dijeron que tenían que operarte cuanto antes.

—Entonces por eso he quedado tan destruida —dije al tiempo que levantaba mis manos para mostrarle los puntos que las mantenían unidas a mis brazos.

— ¡La operación fue un éxito! —Me aseguró, sentí como si Daphne me estuviese riñendo y acusándome de ser una malagradecida por sentirme desdichada—. Los médicos aseguran que en pocos meses recuperarás casi toda la movilidad de tus manos. Eso si tomas la terapia, por supuesto.

—Con mis manos tan dañadas nunca más podré volver a dedicarme a la música —le espeté enfurecida y un atisbo de lágrimas logró percibirse en mis ojos—. ¡Todo lo que me mantenía cuerda viviendo con mi familia era tocar el violín! ¡Ahora mírame! ¡Ni siquiera puedo flexionar mis dedos!

Supe que había sido demasiado cruel con el tono de mi voz pues Daphne apartó la mirada para que no notara el atisbo de lágrimas en sus ojos.

Solté un pesado suspiro y tardé unos segundos en recuperar la compostura.

Eso también caracterizaba a Daphne, no soportaba que alguien le alzara la voz.

Pero no me habría disculpado ni aunque hubiera sido necesario, había dicho lo que sentía en ese momento.

Y yo nunca me retractaba de nada.

Daphne volvió a mirarme al cabo de un minuto y cambió radicalmente de tema de nuestra conversación.

—Estaba pensando en mudarme, irme de Georgia —me comentó—. Luego de este accidente mis padres se han vuelto locos, un poco peor que los tuyos. No quieren que vuelva a verme con Cyril, Christopher, Alex o tú.

— ¿Y qué resolverías mudándote? —le espeté—. Así tampoco podrías vernos.

—Quería que Cyril viniera conmigo —continuó Daphne—. Pero las reglas estúpidas de su familia no le permiten abandonar Georgia por su propia cuenta. Alex y Christopher tampoco vendrán conmigo, Christopher tiene que volver a su empleo y Alex es demasiado irresponsable consigo mismo como para alejarse de la misma ciudad donde vive su familia. Así que estaba pensando que, ya que tú detestas a tus padres, podrías acompañarme.

Me estaba tomando como un plato de segunda mesa.

De cuarta mesa, sería más exacto.

Pero no me sentí ofendida, en absoluto.

Daphne había dado en el clavo: yo detestaba a mi familia más que a nada en el mundo.

Más que al doctor albino.

Más que a mis manos destrozadas.

No podía dejar ir esa oportunidad y ella estaba consciente de eso.

— ¿A dónde iríamos? —le pregunté.

—California —me respondió con una sonrisa, parecía emocionarle bastante la idea pues incluso dio una palmada antes de continuar—. Una amiga de mi madre tiene un departamento hermoso en Santa Barbara. Se mudará pronto a Seattle, así que el departamento está en venta. Podríamos comprarlo ambas y...

— ¿Viajar hasta el otro extremo del país? —le espeté con voz aguda—. ¿Has enloquecido acaso?

—Bueno, es la única opción que se me ocurre —me respondió—. Además, Santa Barbara es un lugar hermoso. Viviríamos cerca del mar.

—Pareciera que estás pidiéndome dinero para mudarte en lugar de estar buscando una compañera de piso —dije inexpresiva, Daphne esbozó una sonrisa.

—Sí, es en parte eso —me respondió soltando una risita tonta—. Pero también quiero que alguno de ustedes vaya conmigo, y ¿qué mejor que una de las chicas de nuestro quinteto?

—No le encuentro el atractivo al hecho de mudarnos juntas —le espeté aunque el plan me agradaba bastante.

— ¡Será divertido! —me insistió—. Será una excelente forma de empezar de cero en un nuevo sitio, quizá incluso conozcamos un par de atractivos muchachos.

Sabía que una de las razones por las que Daphne quería irse de Georgia era para darle rienda suelta a su gusto desmedido por enrollarse con hombres elegidos al azar en cualquier bar de mala muerte. Siendo el caso, y si accedía a mudarme con ella, nuestro departamento estaría solo ocupado por mí la mayor parte del tiempo. Y, como he dicho ya, a mí me fascinaba estar sola.

— ¿Seguirás haciéndote la difícil? —dijo ella con una divertida sonrisa, le devolví el gesto. Sentí que era la primera vez que sonreía en mucho tiempo—. ¡Entonces seguiré hablándote de Santa Barbara! He ido con mis padres cada año en las vacaciones de verano. Mi sitio favorito es Leadbetter Beach. Conozco un sujeto que me ha dejado entrar varias veces al Santa Barbara Yacht Club. También hay un sitio perfecto para conocer hombres, Santa Barbara Winery. Y también...

Levanté una mano para hacerla callar.

Sabía que solamente me diría el nombre de sitios donde hubiera conocido a hombres ebrios. De repente vino a mi mente el escenario que podía predecir para cuando volviera a casa: sin duda me recibirían como si no me hubiesen visto en años. Mi madre me obligaría a ir a la iglesia para suplicarle a Dios que hiciera el milagro de curar mis manos o cualquier tontería similar. Tendría que pasar todos los días encerrada, viendo cómo Jollie se convertía progresivamente en una pequeña prostituta. Soportaría a Emily, que estaría corriendo y saltando por toda la casa. Eso, claro, hasta que mi padre decidiera que ya había pasado suficiente tiempo para mi recuperación y me obligara a volver a mi trabajo como profesora de música. Me obligarían a asistir a la terapia para recuperar la movilidad de mis dedos e incluso mi madre me obligaría a ir a su club de tejido para

que no pasara todo el día en mi habitación.

La idea de irme a vivir con Daphne a Santa Barbara pareció entonces más atractiva que cualquier cosa.

—Lo haré —le aseguré—. En cuanto me den de alta, iré contigo a Santa Barbara.

Daphne estalló en un agudo grito y me dio un abrazo tan fuerte que creí que me rompería las costillas.

Su estridente voz llamó la atención de una enfermera que entró a la habitación para pedirle que se retirara. Daphne me hizo prometer que iría con ella a Santa Barbara, me hizo jurarlo por mi vida. Pero lo hubiera hecho de cualquier modo, pues habría dado lo que fuera con tal de no seguir viviendo con mi familia en Georgia. Por un momento tuve la esperanza de que si me iba con Daphne, mi vida mejoraría por completo.

Mi estancia en el hospital continuó siendo monótona y aburrida, excepto por las constantes visitas de Daphne. Pronto comenzamos a ser muy buenas amigas, incluso el doctor albino me comentaba que me veía mucho mejor desde que había permitido que Daphne me visitara diariamente.

Y tenía toda la razón, Daphne me hacía sentir mucho mejor con su presencia.

Al cabo de una semana más, permití que mis padres entraran a mi habitación pues quería darles la noticia de que al fin me iría de casa. Me darían de alta en el hospital dos días después de aquello, creí que ese sería el momento preciso.

Mi plan era contarles a mis padres que me iría a vivir a Santa Barbara con Daphne Wayne y que cuando volviera a casa del hospital, quería que mi equipaje estuviese preparado. Les daría indicaciones de qué hacer con mi habitación. Quería que vendieran, desecharan o quemaran todas las cosas que no me llevaría a Santa Barbara. Supuse que cuando mi habitación estuviese vacía, Jollie se mudaría ahí y pasaría a convertirse en los aposentos de la pequeña prostituta. O quizá se convertiría en un área de juegos para Emily, cualquier cosa que a mis padres les pareciera más indicada para fingir que su hija mayor jamás había vivido ahí.

Pero al verlos entrar por la puerta, me sentí perturbada por un momento. Era una sensación extraña, supuse que mi creciente relación con Daphne me había vuelto más humana. Vi los ojos de mi madre hinchados por tanto llorar, pero no era el mismo llanto que me dedicaba

cada vez que me veía. Era algo distinto, algo que no sabría explicar. Mi padre se notaba tan furioso que creí que me gritaría, aunque aquello poco me importaba y sólo lo ignoraría hasta que sus gritos se acallaran. Vi a Emily confundida, abrazaba su muñeca favorita con fuerza contra su pecho. Y entonces noté que Jollie también tenía los ojos hinchados y en su mejilla izquierda aparecía la marca de una fuerte bofetada. A juzgar por el tamaño del golpe, parecía más un puñetazo. Lo atribuí de inmediato a la actitud de mi padre y su notable enfado. Creí que me alegraría al ver aquello, pero muy dentro de mí sabía que algo estaba mal. Mi instinto de Winthord, ese vínculo que tienen las familias incluso cuando no se soportan, me decía que algo había ocurrido.

¿Habría muerto algún familiar? ¿Habían despedido a mi padre? O lo que era más probable: ¿habían descubierto a Jollie practicando el sexo oral con ese imbécil de Tyler Maddison? Mis padres me dedicaron cálidos besos en las mejillas. Me incorporé e hice un tremendo esfuerzo para sujetar las manos de mi madre y pregunté:

— ¿Qué ha ocurrido?

Entonces vi que todas las miradas se centraban en Jollie y me percaté entonces de lo que había acontecido en mi familia.

Supuse que se debía a que ambas éramos mujeres, y ese asunto no era algo que necesitara decirse con palabras para saberlo.

Me sentí tan mal por ella, sentir empatía hacia esa mocosa era para mí algo increíble.

Siempre había detestado a mi hermana menor hasta el punto de desearle la muerte cada vez que la veía vestida con su uniforme de animadora exhibicionista. Pero en ese momento sentí un tremendo impulso por abrazarla y consolarla.

Y es que era imposible no haberlo previsto.

Me sentí tan confundida que no sabía cómo reaccionar.

Mi hermana Jollie estaba embarazada.

## Capítulo 5

### Capítulo V

Daphne parecía no poder conducir mientras estuviéramos en silencio, siempre quería que conversáramos de cualquier tema y decía que el silencio la enfadaba. Llegué a cansarme de aquella tertulia, ¿acaso era que Daphne no sabía mantener la boca cerrada? Cuando no hablaba, encendía la música a todo volumen y cantaba con una voz tan desafinada que por un segundo extrañé la forma en la que Cyril entonaba las notas con su bella voz.

Me sorprendió que los cristales de las ventanillas del auto no estallaran gracias a los berreos que soltaba Daphne. Cuando ella me informó que el viaje duraba treinta y seis malditas horas en auto, me sentí morir. Intenté ver el lado positivo, pensé que al menos podría descansar de ella cuando visitáramos algún motel de paso.

Estaba convencida de que Daphne no querría conducir sin parar durante treinta y seis horas seguidas, así como no me permitiría a mí tomar el control del automóvil.

Pero yo estaba muy, muy, equivocada.

Íbamos sobre la Interestatal 10.

Yo dormitaba en mi asiento, intentaba hacer caso omiso de los berridos que soltaba Daphne pues intentaba cantar una canción de Coldplay. Pocas horas antes, nos detuvimos en un restaurant de comida rápida a mitad de la carretera.

Nos atiborramos hasta reventar con las grasas saturadas de las hamburguesas y las patatas fritas, pagamos el precio justo por nuestro consumo y retomamos el camino. Fue por eso que me extrañó cuando Daphne se acercó al borde de la interestatal y, sin apagar el motor del auto, se sacó el cinturón de seguridad y me dio una sacudida para sacarme de mi sopor. La fulminé con la mirada cuando vi que estaba

tratando de quitarme el cinturón de seguridad a mí también.

— ¿Qué quieres? —le pregunté de mala gana.

—Necesito orinar y que tú tomes el volante —me dijo despreocupadamente.

Me pareció que Daphne había enloquecido.

¿Quería que una mujer cuyas manos estaban destrozadas tomara el control del vehículo?

No pude negarme pues ella salió del vehículo mirándome con impaciencia. Solté un bufido e intercambiamos los lugares, reprimí una risa cuando vi a Daphne apretar tanto las piernas para evitar mojarse los pantalones, casi solté una carcajada.

Cerrar mis manos sobre el volante no fue nada sencillo. El dolor fue tal que me sentí morir. Me sorprendió que mis dedos no se rompieran cuando los cerré alrededor de aquél círculo cubierto de cuero negro. Daphne pasó al asiento trasero del vehículo mientras me decía:

—Sólo pisa el acelerador, nos detendremos en la próxima parada para cambiar nuevamente de lugares.

— ¿Y qué parada es esa? —le pregunté y puse en marcha el auto.

—Será cuando entremos a Nuevo México —me dijo desde la parte trasera, logré escuchar el sonido de la cremallera de sus pantalones—. Sólo sigue conduciendo, no tardaré.

— ¿En serio vas a orinar ahí atrás? —reclamé con voz aguda—. ¡Qué asco! ¡Podías haber ido cuando terminamos de comer!

—No voy a mojar el auto, zorra estúpida —me respondió ella y sentí ganas de abofetearla por usar ese lenguaje.

Dejé de escucharla por unos minutos, fue un momento de gloria pues casi había olvidado lo que se sentía estar en silencio. Cuando terminó con lo suyo, pasó al asiento del frente y vi que llevaba una botella de plástico sujeta con la mano derecha. Estaba llena de un líquido amarillento, esbocé una mueca de asco y desagrado.

— ¿Puedes deshacerte de eso? —dije con firmeza refiriéndome a la botella.

—Qué delicada te has vuelto, Annie —respondió ella con una risa

divertida.

Bajó su ventanilla y lanzó al aire la botella de plástico. Aquello me pareció terriblemente irresponsable y estúpido, pero no quise comentar nada. Daphne encontró un tema de conversación: comenzamos a hablar sobre el clima.

No fue difícil conducir el auto, excepto por las ocasiones en las que había que girar el volante y Daphne se encargaba de eso. Por lo demás, fue un excelente viaje. Me sentía como si nunca hubiera pasado por ningún fatal accidente. Sólo volvía a la realidad cuando veía los puntos en mis muñecas. Incluso comenzaban a gustarme.

Conduje hasta que llegamos a Arizona. Daphne no replicó cuando le pedí que me dejara conducir por más tiempo pues mi turno terminaba en Nuevo México. Ella había dormitado lo suficiente para reponer un poco sus energías, estábamos casi llegando a California.

Nos detuvimos en el borde de la carretera e intercambiamos lugares.

Nos costó bastante lograr soltar mis manos del volante pues mis dedos habían adoptado ya la forma en la que estaba sujetándolo.

Fue doloroso devolverlos a su posición normal pero lo conseguí sin problemas. Incluso me pareció que podía acostumbrarme a eso.

Seguía sin encontrarle explicación lógica a mi condición e incluso llegué a creer que los médicos que me habían operado habían errado en algún punto de la operación y por eso se había obtenido tan deplorable resultado.

Durante el resto del trayecto, me dediqué a ejercitar mis manos intentando devolverles la movilidad por mi propia cuenta.

Tenía miedo de girarlas pues creía que en cualquier momento se soltarían los puntos y haría un desastre de sangre salpicada por todo el auto. Flexionaba repetidamente los dedos como si hubiera salido al frío en invierno y los tuviera entumecidos.

Al principio fue tan doloroso que creí que no lo resistiría, pero sí que lo resistí.

Pronto estábamos ya en Pasadena.

Quedaban poco más de dos horas de viaje aproximadamente, tomando en cuenta los descansos que Daphne se tomaba para estirar las piernas,

cosa que había hecho cada poco desde que entramos a Nuevo México.

Cuando vi los anuncios en la carretera que indicaban que habíamos entrado ya en la tan esperada California, volví a sentirme libre.

Pensé por un segundo en mi familia y en Georgia.

Todo me pareció tan lejano, tan inalcanzable, tan irreal, que sonreí e intenté hacer caso omiso de Daphne.

Ella me hablaba de aquella aventura sexual que había tenido con Christopher.

Cuando puse mi entera atención a su relato, recordé a Jollie y me pregunté qué habría sido de ella en Alabama. Deseché esos pensamientos nostálgicos que peleaban férreamente para mantenerme ligada a Georgia y decidí simplemente dejar de pensar.

Me quedé profundamente dormida cuando lo conseguí.

Soñé con cristales rotos y mucha sangre.

Desperté cuando sentí las sacudidas de Daphne. Salí de mi sopor y me percaté de que el auto había aparcado ya. Bajé del vehículo y vi que habíamos llegado al que parecía ser nuestro destino. Un par de apuestos sujetos estaban trasladando nuestro equipaje al lugar donde nos mudaríamos, pero las instalaciones eran tan parecidas a los suburbios que me sorprendí. Creí que viviríamos en un complejo de apartamentos, en un edificio tan alto como un rascacielos, pero no fue así.

Nos encontrábamos en Sandpiper Lodge. Había anochecido ya, el auto de Daphne estaba aparcado a la sombra de una palmera.

No me percaté de la presencia de un bloque escaleras que conducía a las puertas de las viviendas del segundo piso. Aún así, no parecía ser un complejo de apartamentos. Daphne les agradeció a ambos sujetos por su ayuda. Les besó las mejillas y me pareció ver que acariciaba sugestivamente la entrepierna del chico más apuesto del dúo. Los invitó a cenar con nosotras cuando estuviésemos totalmente instaladas y al retirarse, finalmente fuimos a ver nuestro nuevo hogar.

Viviríamos en un apartamento del segundo piso. La pared exterior era de color salmón y la puerta era de color azul. Me pareció una mala combinación de colores.

Nuestra puerta tenía una pequeña placa que tenía grabado el número

doce.

Daphne introdujo la llave en la cerradura y entramos.

La estancia era amplia y había sólo tres habitaciones cerradas con puertas. Las paredes estaban pintadas de color blanco, mismo color de los azulejos en el piso. No había ningún tipo de amueblado, pero la iluminación era bastante buena. Las otras puertas eran igualmente de color blanco y teníamos grandes ventanales al fondo de la estancia que daban una hermosa vista. También podíamos acceder a una pequeña terraza a través de una puerta de cristal.

Un sitio así nunca podríamos encontrarlo en Georgia.

La primera puerta que inspeccionamos estaba cerca de la puerta de entrada. Nos conducía a una pequeña cocina ya acondicionada y lista para ser usada. La nevera y los gabinetes estaban vacíos, pero eso podía remediarse fácilmente.

La segunda puerta nos llevó a un cuarto de baño, amplio e impecable. Había una ducha, un sanitario, una tina y un lavamanos. Me pareció encantador para que lo ocupara una sola persona, pero también estaba segura de que tendríamos serios problemas al regular el uso de esa pequeña habitación.

La última puerta conducía a un dormitorio bastante amplio que también tenía acceso a la terraza. Ahí había un pequeño armario, podía pasar como un pequeño vestidor.

Daphne y yo intercambiamos una sonrisa al encontrarnos en nuestro nuevo hogar y comenzamos a desempacar todo lo que llevábamos con nosotras. Aún teníamos que ir a conseguir el amueblado necesario, pues no llevábamos mucho con nosotras.

Pasamos cinco minutos desembalando cajas hasta que Daphne reclamó que moría de hambre.

Yo estaba en las mismas condiciones y le sugerí que ordenáramos una pizza. Ella asintió emocionada y sacó su teléfono celular del bolsillo para hacer la llamada. Aquella noche cenamos pizza de peperoni y cerveza, me pareció la cena más deliciosa de la vida.

Mis padres no me explicaron nada cuando pregunté lo que ya me parecía obvio.

Pasamos cinco eternos minutos en silencio hasta que mi madre anunció que había dejado la cena en el horno y debían volver a casa pronto. Se despidieron de mí con besos en las mejillas y mi padre le dio un empujón a Jollie para que caminara, pues ella tenía la intención de quedarse conmigo. Emily me despidió con un movimiento de su pequeña mano mientras se mordía las uñas de la otra. Me dejaron en completa soledad. Incluso para mí fue extraño, pero lo único que quería en ese momento era que volvieran y me explicaran lo sucedido.

Cuando me fuera con Daphne a Santa Barbara dejaría de importarme la vida de aquellas personas, pero esto era algo que moría por saber. Me era imposible burlarme de la condición de Jollie, tan sólo podía sentir lástima por ella. Seguramente aquél descerebrado malnacido, Tyler Maddison, había sido el responsable. Quizá la había presionado hasta conseguir que se acostara con él y mi hermana, como la estúpida niña que era, había accedido pensando que él iba a hacerle el amor como a ninguna otra mujer. Siendo su hermana mayor, debí haberle advertido. Pero a pesar de la lástima que sentía por ella, quise creer que Jollie lo merecía.

No dejé que aquello me robara el sueño, esa noche dormí como un bebé.

Amaneció al día siguiente y llevaron a mi habitación el insípido desayuno. Consistía en un plato de ensalada de frutas y un vaso de jugo de naranja sin azúcar. Habría preferido no comer esa bazofia, pero debía engullirlo todo para evitar los comentarios de las enfermeras y del doctor albino que atribuían mi falta de apetito a un efecto colateral del accidente.

Detestaba mi estancia en el hospital más de lo que detestaba las visitas de mi familia.

La noticia del muy probable embarazo de Jollie seguía dando vueltas en mi cabeza.

No podía dejar de imaginarla desnuda y frotando su cuerpo con el de Tyler Maddison. Me era imposible dejar de ver en mi mente a Jollie con las piernas abiertas y recostada en la cama de algún motel de paso, a Tyler Maddison penetrándola frenéticamente y ella sintiéndose en el cielo. Y

entonces la veía oculta en el baño del colegio, hecha un ovillo en la esquina de algún cubículo y sujetando una prueba de embarazo casera que marcaba positivo.

Mis manos viajaron hacia mi vientre y lo acaricié brevemente preguntándome cómo debía sentirse recibir aquella terrible noticia. Si para mi supondría un infierno, supuse que para Jollie era peor.

Daphne llegó puntualmente aquél día. Había metido de contrabando al hospital un poco de ensalada de atún y un par de cervezas. Devoramos nuestro desayuno, admito que en ese momento me pareció que nunca había probado alimentos tan deliciosos. Detestaba la ensalada de atún, pero Daphne era una gran cocinera cuando se empeñaba en hacerlo. Al terminar, guardó la evidencia del crimen en bolsas de plástico y las lanzó por la ventana de mi habitación. Sonreí al imaginar que había golpeado a algún sujeto estúpido con ellas.

Dejó las ventanas abiertas para que el aroma del atún y la cerveza abandonaran la habitación antes de la visita vespertina de la enfermera en turno y el doctor albino. Daphne se sentó en el borde de mi cama para ponerme al tanto de las noticias que habían ocurrido en las horas anteriores.

Me explicó que Alex, Christopher y Cyril estaban planeando ir a visitarnos en Santa Barbara cuando terminara la mudanza. Me dijo también que Alex había comenzado a salir con una enfermera del hospital.

Quizá si él me hubiera interesado un poco me habría sentido mal por enterarme de que se estaba viendo con otra mujer sin antes haberle dado fin a lo nuestro.

Sin embargo, me sentí satisfecha cuando entendí que todo entre nosotros había acabado.

Lo que más me alegró era que ya no tenía que embriagarme para hacer el amor con él. Daphne se sintió aliviada al no tener que consolarme por nuestra ruptura y mencionó que no comprendía qué era lo que yo había visto en Alex como para decidir tener algo formal con él. Y, a decir verdad, ni siquiera yo conseguía entenderlo.

La puerta de la habitación se abrió entonces y Daphne se levantó de golpe pensando que era una enfermera la que nos visitaba, pero no fue así. En el umbral de la puerta estaba Jollie. Se veía demasiado distinta a como la recordaba. Llevaba puesta una camisa de mangas largas tan holgada que no marcaba para nada sus curvas, le cubría incluso las

caderas.

Usaba jeans de color gris y un par de zapatillas deportivas de color blanco, demasiado viejas y sucias en comparación a los pares de zapatos que siempre usaba. Su cabello rubio iba peinado con una coleta desaliñada y aún tenía los ojos hinchados.

La miré confundida por un instante hasta que entró corriendo tan veloz como una saeta a la habitación y me envolvió en un fuerte abrazo mientras sollozaba desconsolada en mi hombro. La fulminé con la mirada cuando mi cuerpo aulló de dolor, Jollie apretaba demasiado. Daphne cerró la puerta de la habitación para darnos un poco de intimidad. Tuve que ordenarle a Jollie que se separara de mí para que pudiera explicarme lo sucedido. Se sentó en la orilla de mi cama y Daphne la acompañó, acariciaba la cabeza de mi hermana para intentar consolarla. Jollie no podía parar de llorar así que parte de la historia la contó con voz quebradiza y soltando infinitos sollozos. Daphne seguía acariciando los cabellos de mi hermana y me lanzaba miradas desesperadas, Jollie le partía el corazón con su sufrimiento.

Mi hermana nos explicó que todo había ocurrido mucho antes del accidente. Tyler Maddison la había invitado a tomar unos tragos en su casa. Jollie al principio se negó pues la había invitado en horas de escuela, eran quizá las once de la mañana o un poco más temprano. Tyler logró convencerla, haciendo gala de sus dotes principescas, y estando en su casa comenzaron a beber sin control. Jollie tomó sólo un par de tragos de cerveza, pero Tyler continuó y continuó hasta estar quedar ebrio como una cuba. Jollie no quiso irse en ningún momento. Finalmente, Tyler la tomó de la mano y la llevó a la habitación de sus padres. La recostó en la cama y así, sin previo aviso, abusó de ella. Indefensa, Jollie no fue capaz de evitarlo. Al terminar, Maddison se quedó profundamente dormido y Jollie aprovechó para escapar. Luego de ese día, ese bastardo no volvió a hablar con mi hermana.

Jollie nos explicó también a mí y a Daphne que pasó dos meses sin tener su periodo y el miedo la volvió incapaz de decírselo a nadie.

Tenía todos los síntomas de un embarazo, pero no se atrevía a corroborarlo hasta que no pudo más y se practicó una prueba de embarazo casera.

Salió positiva, así que hizo otra.

Y otra.

Y otra.

Cinco pruebas de embarazo, todas dieron positivo.

La presión y el miedo fueron tales que Jollie no tuvo más opción que contarle lo ocurrido a mis padres. Cuando lo supieron, mi madre se llevó el peor susto de su vida. Sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que sacar a Emily de la habitación para que no lo supiera. Mi padre le propinó un puñetazo a Jollie en el rostro al mismo tiempo que vociferaba en contra de ella y de Tyler Maddison. No querían que tuviera a ese hijo, así que siendo presa de la furia, mi padre comenzó a golpearla en el vientre. Mi madre intentó detenerlo y lo logró antes de que le provocara el aborto a mi hermana. Aquella fue, quizá, la peor experiencia que Jollie había tenido. Por la misma razón, me sentí agradecida de no haberlo presenciado.

Al terminar su historia, Jollie volvió a romper en un sonoro llanto. Daphne la abrazó con fuerza. Yo lo habría hecho de no ser porque sabía que Jollie me lastimaría al apretar demasiado fuerte mi cuerpo. Mi hermana logró calmarse luego de quince interminables minutos.

—Pero, linda, ¿por qué no pediste ayuda? —le preguntó Daphne, estaba muy conmovida por lo que Jollie nos había explicado.

En ese preciso momento me pareció que a Daphne se le daba muy bien la tarea de ser una hermana mayor.

— ¡Tenía miedo! —Respondió Jollie con voz demasiado alta, aguda y quebrada por el llanto—. ¡Ni siquiera quiero tener a ese bebé!

Me pareció obvio que Jollie no querría dar a luz a un hijo. Daphne tuvo entonces la idea más inteligente que se nos pudo haber ocurrido: le sugirió a Jollie que asistiera a una clínica donde pudieran practicarle un aborto.

Mi hermana se aterrorizó y yo la entendí perfectamente. Nuestra madre solía decirnos, cada vez que llegábamos a tocar el tema de los muchachos y el sexo, que si algún día llegábamos a provocarnos el aborto entonces también nosotras moriríamos, podridas por dentro, y por eso era que debíamos aceptar las consecuencias de nuestras acciones. Nuestro padre, por otro lado, solía decirnos que si acaso nos descubría en aquellas andanzas, nos mataría a golpes por ser estúpidas. Entendí a la perfección el miedo de Jollie. Mi hermana terminó por aceptar la propuesta de Daphne. Tuvimos que explicarle que si ya había pasado mucho tiempo de su embarazo entonces no podríamos hacer nada para ayudarla. Las tres esperábamos que no fuera demasiado tarde.

Finalmente llegó el día en el que me dieron el alta.

Daphne vino a verme para ayudarme a salir del hospital. Cuando salimos por las puertas principales, me deslumbró la luz del sol. Pero al mismo tiempo, me sentí tan libre que pensé que entendía a todas esas personas que salen a las calles luego de pasar muchos años en prisión. Daphne me condujo a su auto y nos pusimos en camino a mi casa, para ir por todo mi equipaje y por fin abandonar Georgia.

Lo último que supe de Jollie fue que se encontraba en un viaje escolar y que pasaría unos días fuera de la ciudad pues había ido a pasar un par de semanas en Alabama. Daphne y yo intercambiamos una mirada de complicidad en ese instante, pues la clínica a la que Jollie se dirigiría para practicarse el aborto estaba ubicada a pocos kilómetros de ahí.

No me importó no poder despedirme de ella, pero confié en que Emily le daría un mensaje de parte mía.

—Cuando vuelva Jollie, dile que me llame al celular —le dije a mi hermana más pequeña—. Necesito saber que todo salió bien, ¿podrías decirle eso, Emily?

—Sí, Anna —respondió la pequeña.

Emily me abrazó con fuerza y mis padres comenzaron a subir mi equipaje al maletero del auto de Daphne. Mi madre no estaba de acuerdo con que me fuera de Georgia pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Mi decisión estaba tomada y nada arruinaría mis planes.

Daphne y yo ignoramos olímpicamente las quejas de mis padres y cuando todo estuvo listo, mi amiga encendió el motor y nos alejamos de la casa Winthord a toda velocidad. Me sentí tan libre que quería sacar la cabeza por la ventanilla del auto y gritar con todas mis fuerzas mientras el viento hacía volar mi cabello castaño. Logré mantener la compostura aunque una sincera sonrisa se dibujó en mi rostro. Daphne me devolvió el gesto y vaya que ella sí soltó un emocionado grito agudo. Cuando me di cuenta, ya nos encontrábamos en la carretera.

Mi vida comenzaba de nuevo en aquél momento, en Santa Barbara podría empezar de nuevo. La emoción que sentía me provocó mariposas en el estómago. Intenté mover mis dedos, pero me fue imposible.

Fue entonces que me di cuenta de algo que podría haber sido importante: estaba dejando atrás la terapia para recuperar la movilidad de mis manos.

¿Y a quién le importaba la maldita terapia? Estaba por liberarme de

mis padres y de Jollie.

Miré los grotescos puntos que aún estaban incrustados en mi piel.

Supuestamente, debía volver al hospital en dos semanas para que el doctor albino retirara los puntos. Y ya que no tenía intenciones de recorrer todo el país para regresar al hospital, esperaba que eso podría hacerlo cualquier doctor en Santa Barbara. Bien podría hacerlo por mí misma y no tendría que visitar de nuevo ningún hospital. O quizá podría conservarlos, como un souvenir.

Daphne se dio cuenta de que comenzaba a mostrarme distraída y volvió a dedicarme su cálida sonrisa. Estiró una mano para tomar mi mano izquierda y la sujetó con fuerza, acariciando mis nudillos de la misma forma que lo habría hecho un amante.

Me sentí extraña y me di cuenta de que esa era la razón por la que me había pedido que la acompañara: quería fugarse conmigo.

En ningún momento se me ocurrió que Daphne Wayne pudiese interesarse en mí de esa manera.

## Capítulo 6

VI

Cuando desperté al día siguiente, aún no había amanecido.

Tuvimos que extender un par de sábanas en el piso de la habitación que sería nuestro dormitorio, pues no teníamos camas. No había realmente ningún tipo de mueble, a excepción de los pocos que habíamos llevado con nosotras en el auto. A pesar de que el piso estuviese tan duro que me provocó dolor de espalda, me fue imposible quejarme de por la incomodidad. Era mucho mejor dormir en el suelo, que en aquella cama mullida con dosel en casa de mis padres, aquella con resortes que rechinaban cada vez que me sentaba en la orilla para calzarme los zapatos.

No teníamos cortinas en el dormitorio, así que nuestra privacidad era nula.

Alcancé a ver por la ventana los ojos amarillos de un gato negro, brillaban en la oscuridad nocturna.

El felino estaba en nuestra terraza y me pareció ver que estaba devorando un ratón. Sonreí y pensé en abrir la puerta de la terraza para que entrara y comiera en la comodidad de nuestro apartamento. Al incorporarme, el gato se percató de mi presencia y salió corriendo tan rápido como pudo. Ese felino seguramente quería ser libre y yo respetaba eso, me identificaba con ese deseo de tener libertad. Aunque, a decir verdad, verlo me hizo desear tener una mascota. Quizá podría conseguir un perro faldero, un gato siamés o un par de peces.

Miré a Daphne. Ella estaba recostada a mi izquierda, envuelta de pies a cabeza con un cobertor de color púrpura. Respiraba acompasadamente, se encontraba en posición fetal y abrazaba una almohada contra su pecho. Sonreí al imaginar que en un par de horas despertaría y se quejaría del

mismo dolor de espalda que yo tenía.

Retiré la manta roja que aún cubría mis piernas y me puse de pie. Por un momento me alarmé por la falta de privacidad, creí que algún vecino indiscreto me estaría espiando en ese momento y me habría visto usando únicamente una delgada camisa de algodón blanco de cuello redondo y mis pantaletas de color negro. Ni siquiera llevaba puesto el sostén e iba descalza. Miré por la terraza y la increíble vista logró hacer que olvidara al posible espía.

Salí de la habitación y me dirigí a la cocina para buscar mi teléfono celular. Lo encontré conectado a la alimentación eléctrica, en el mismo sitio donde lo había dejado la noche anterior. Presioné un botón y pude ver el reloj analógico en la pantalla, faltaba poco para que tuviera nuevamente la batería totalmente cargada. Según el reloj, eran las cinco de la mañana. No había llamadas perdidas, ni mensajes de texto por parte de Jollie. Dejé de nuevo el teléfono en su lugar y me dirigí al cuarto de baño.

Aseguré la puerta tras entrar, para evitar visitas indeseadas por cortesía de Daphne y su mala manía de querer orinar en los momentos menos esperados.

Usé el inodoro y me dispuse a darme una ducha. Me desnudé y accioné la salida del agua caliente, luego tuve que pasar cinco minutos intentando que mis dedos volvieran a su posición original pues se habían adaptado a la forma de las llaves del agua.

Tardé casi quince minutos en salir.

La habitación se llenó con el vapor del agua caliente, se empañaron los cristales de las ventanas y los espejos que decoraban las paredes también quedaron cubiertos de vapor. Sentí un terrible dolor al flexionar mis dedos para lavar mi cabello, o para tomar el paño y frotar mi cuerpo. ¿Cómo podría cualquiera vivir así?

Al salir de la ducha, cubrí mi cuerpo desnudo con una de las toallas que Daphne había colocado sobre el tanque de agua del inodoro la noche anterior. Era suave y de color blanco, tenía mi nombre bordado con hilo negro. Era un original, y estúpido, regalo de cumpleaños que mi madre me había obsequiado cinco años atrás. Me miré en el espejo que estaba empotrado en la pared sobre el lavamanos. Con el dorso de mi mano derecha limpié el vaho para descubrir mi imagen.

Me desconocí por completo al verme. Esos vivos ojos verdes que me devolvían la mirada a través del espejo parecían pertenecerle a otra persona. El ondulado cabello castaño oscuro que caía sobre mis hombros era más largo de lo que recordaba. Mi cuerpo se veía más esbelto, mis

pechos se percibían más grandes. Era como si recién en ese momento hubiera tomado plena consciencia de cada parte de mí, de cada pequeña fibra de mi cuerpo.

Los rasguños y golpes del accidente habían desaparecido casi por completo, lo único que era aún bastante notorio eran las cicatrices de mis muñecas.

Comencé a ejercitar mis dedos de la misma forma que lo había hecho durante el viaje en el auto. Me cepillé los dientes y salí de la habitación. Volví a mirar mi teléfono celular en la cocina y lo desconecté de la alimentación eléctrica.

Aún no había noticias de Jollie.

Volví al dormitorio, Daphne aún no despertaba. Inspeccioné mi equipaje en busca de una muda de ropa. Terminé por elegir un conjunto de ropa interior de color negro, una camiseta de cuello redondo de color azul marino y pantalones cortos a juego. Me vestí en silencio, procurando no despertar a Daphne. Esperé a que mi cabello se secara para atarlo en una coleta con una cinta elástica de color negro.

A las nueve en punto Daphne dio señales de vida. Yo me encontraba en la terraza, me hacía bien el aire fresco. Ella salió a hacerme compañía. Entorné los ojos al ver que ella llevaba puesto aún el transparente camisón de color blanco que usaba para dormir. Era corto, no llegaba a cubrir sus caderas, y dejaba transparentar sus senos y las pantaletas de encaje blanco que usaba. Su cabello pelirrojo iba despeinado. Me saludó con esa sonrisita estúpida tan propia de ella.

—Tengo hambre —fue lo primero que dijo con voz adormilada—. ¿Quedó pizza de anoche?

—Se acabó, pero podríamos ir a un supermercado y llenar la alacena.

—No quiero —se quejó imitando a una niña pequeña.

— ¿Qué desayunaremos entonces?

—No quiero cocinar —continuó ella con su rabieta.

Entró de vuelta al apartamento y volvió para ofrecerme su teléfono celular, diciendo:

—Tomaré una ducha, mientras tanto tú ordena una pizza.

—Vas a inflarte como globo si sigues viviendo a base de pizzas y

cervezas —le dije y me recordé a mi madre.

—Sólo por hoy —suplicó Daphne—. Al terminar, iremos a Loreto Plaza y comenzaremos a comprar cosas para el apartamento.

— ¿Con qué dinero? —me atreví a preguntar.

—Le he robado todas sus tarjetas a mi padre antes de salir de Georgia —me respondió ella con un guiño—. No pienso volver, así que no me importa gastarme todos sus ahorros.

No pude evitar sonreír. Si hubiera tenido acceso a las cuentas del banco de mis padres, yo también habría hecho lo que Daphne.

Tras torturarme para presionar las teclas del teléfono para hacer una llamada, ordené la pizza mientras escuchaba a Daphne berrear la letra de una canción de Rihanna. En la nevera aún había un par de cervezas, así que ese fue nuestro desayuno.

A las once en punto salimos del apartamento y subimos al auto de Daphne. Pude ver a los sujetos que nos habían ayudado a llevar nuestro equipaje, coqueteaban con un par de jovencitas que me recordaron a Jollie. Daphne los saludó agitando los dedos, les lanzó besos al aire y nos pusimos en marcha.

Vivíamos bastante cerca de Loreto Plaza, pero Daphne no aparcó el auto en aquél lugar.

En vez de eso, remontamos State Street para recorrer nuestros alrededores. Daphne pisaba a fondo el acelerador y su selección de música sonaba a todo volumen. Vimos tres hospitales en nuestro camino, supuse que debía visitar alguno de ellos para tomar la terapia que necesitaba. Había tantos centros comerciales que no fue difícil adivinar por qué a Daphne le gustaba tanto aquella ciudad, ella amaba las compras. Pasamos por fuera de la librería pública y el museo de arte de Santa Barbara. Ambos sitios estaban ubicados cerca de un teatro y otro centro comercial. Clubes nocturnos, restaurants de comida rápida y hermosos parques era todo lo que se veía. Daphne no paraba de decir que debíamos visitar todos aquellos lugares, luego de ir a Leadbetter Beach.

—Si hubieras traído contigo un bikini sensual, Annie, justo en este momento estaríamos en Leadbetter Beach —me había dicho.

Nuestro paseo duró casi tres largas y divertidas horas, hasta que finalmente aparcamos afuera de Mesa Village, un centro comercial en Meigs Road. Daphne despilfarró ahí el dinero de sus padres como si no hubiese un mañana. Incluso hizo uso de sus encantos para lograr que nos hicieran descuentos que parecían una broma. En un tan solo un día

logramos amueblar nuestra sala de estar con un estilo minimalista. Debíamos amueblar aún la habitación y comprar electrodomésticos, pero con eso teníamos suficiente para empezar.

El resto del día lo ocupamos en comprar ropa.

—Te ves tan de pueblo, amiga —me decía mirando lo que llevaba puesto—. Ya no estamos en Waycross, estamos en California. Debes verte más como alguien de Santa Barbara —insistía antes de comprarme cualquier prenda de ropa.

No estaba acostumbrada a utilizar prendas tan pequeñas y carentes de tela o clase, me sentía demasiado expuesta e incluso creía que no podía verme tan bien como Daphne con esos escotes pronunciados o las minifaldas que apenas cubrían las caderas. Compramos bikinis, sensuales como decía Daphne, además de un buen surtido de ropa interior en Victoria's Secret.

—Luego de la cena, vamos a modelar todo lo que hemos comprado hoy —decía Daphne.

Nuestros muebles llegarían tres días después de haberlos comprado, así que esa noche tuvimos que cenar sobre cajas de cartón a modo de mesa.

Llenamos la alacena gracias a un viaje al supermercado más cercano, así que por fin dejamos la pizza en el olvido.

Daphne preparó un delicioso plato de pasta y lo acompañamos con un buen trago de vodka. Supuse que mi hígado me cobraría aquellas andanzas en algún momento, pero mientras no reclamara entonces yo no tendría problemas para seguir bebiendo.

La pasta estaba deliciosa, Daphne era una excelente cocinera.

Me sentía muy hambrienta luego de aquél día tan agotador, tanto que me serví tres platos de pasta. Daphne sólo comió uno antes de ir a tomar una buena ducha para relajarse y prepararnos para la noche de modelaje.

Me sentía con ánimos de ayudar en casa, así que intenté recoger los platos de cartón en los que comimos. Me costó mucho trabajo hacer que mis dedos recuperaran su posición original pues ya se habían acostumbrado a sostener el tenedor de plástico con el que había comido. Cuando finalmente lo logré, lancé lejos ese pequeño objeto de color blanco y solté un epíteto.

Un nudo apareció en mi garganta.

No engañaba a nadie diciendo que podría acostumbrarme a vivir sin poder mover mis manos como es debido. Sentí tremendas ganas de llorar al ver mis cicatrices. En una de las cajas que aún no desembalábamos estaba resguardado mi amado violín. Solté un sonoro sollozo al recordar aquellas noches en Waycross cuando me atacaba el insomnio y me sentaba en el alfeizar de mi ventana para dedicarme a componer piezas musicales. Me preguntaba... ¿Cuándo volvería a tocar el violín? Y, lo más importante, ¿alguna vez podría volver a hacerlo?

— ¿Annie?

Me giré al escuchar la voz de Daphne a mis espaldas. Me miraba con angustia, incluso parecía que tenía miedo de acercarse.

—Oh, linda...

Se conmovió al ver mis ojos anegados en lágrimas. Acortó la distancia entre nosotras y me envolvió en un fuerte abrazo. Fui incapaz de responder el gesto, mantenía una lucha interna para evitar llorar enfrente de ella.

Sentía tanto odio, tanta ira.

Sentí que iba a explotar.

Daphne se separó de mí en ese momento. Me miró con sus hermosos ojos azules y me besó en los labios. Fue tan rápido que me tomó por sorpresa. Me sonrió y me dio una palmada en la espalda.

Aqué beso provocó mariposas en mi estómago, no entendía qué ocurría con Daphne o conmigo. Le devolví la sonrisa y ella me tomó de la mano, acariciando mis cicatrices con las yemas de sus dedos. Vi que seguía angustiada. Nunca me había importado que las demás personas quisieran demostrarme su apoyo, su solidaridad o su lástima. Sin embargo, sentí el deseo de ser fuerte por Daphne.

## Capítulo 7

VII

Dos semanas pasaron hasta que finalmente logramos amueblar por completo nuestro apartamento. Todos los muebles y el decorado eran de colores oscuros, de estilo minimalista, y resaltaban bastante bien con las blancas paredes. Compramos un excelente sistema de sonido y un televisor de pantalla plana. Incluso conseguimos una consola de videojuegos, que rara vez utilizábamos. Para nuestro dormitorio conseguimos un par de ordenadores de última generación que en realidad no necesitábamos, además de otro televisor de pantalla plana.

Me pareció que dejamos casi vacías las cuentas del banco del señor y la señora Wayne, pero a Daphne pareció no importarle. Nos volvimos amigas realmente cercanas.

En uno de nuestros tantos días de compras desenfrenadas, Daphne me confesó algunas cosas acerca de su pasado.

Descubrí que la familia Wayne tenía dinero de sobra y que sus padres eran demasiado frívolos.

Daphne no tuvo ningún problema en confesarme su bisexualidad.

—Lo supe desde que tenía quince años —me había dicho mientras veíamos escaparates en Loreto Plaza—. Una noche, mi hermana entró a mi habitación y comenzó a tocarme mientras estaba dormida. Al principio me aterró un poco, pero terminó por gustarme... Qué digo gustarme, ¡me fascinó! —Me confesó con cinismo y soltando una carcajada.

>> Durante varias noches, hicimos el amor sin que nuestros padres lo supieran. Claro que eso duró hasta que ella se consiguió una pareja. Luego conocí a Cyril y el resto es historia.

Supe que Daphne y Cyril habían tenido un tórrido romance dos años atrás, así como me contó un par de detalles más sobre su relación con

Christopher.

Me enteré también de otros romances y aventuras que había tenido con hombres ebrios que conoció en los bares que frecuentaba. Yo no tenía demasiado que contarle, pero nuestras conversaciones eran siempre muy amenas y agradables.

Aquellos besos inesperados se repitieron en más de una ocasión. Daphne siempre me tomaba por sorpresa. Me besaba y luego me dedicaba un guiño. No me tomaba demasiado en serio aquellos gestos, Daphne había estado viéndose con un atractivo vecino del departamento contiguo así que no tenía motivos para ilusionarme. Hacían una linda pareja, excepto por el hecho de que ese cretino coqueteaba con todas las vecinas que teníamos. Y aunque a mí me enfadaba eso, Daphne lo tomó como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Si no te enamoras, no te dolerá que tu pareja se vea con otras personas —me había explicado Daphne.

Acordamos una tarde, mientras recorríamos Leadbetter Beach, que invitaríamos a nuestros amigos para que conocieran nuestro apartamento, nos divirtiéramos un rato y se quedaran un par de días con nosotras. Daphne tenía pensado ir junto con Cyril a un club nocturno mientras Alex y Christopher hacían lo que les viniera en gana. No habíamos instalado una línea telefónica en nuestro apartamento pues ambas conservábamos nuestros teléfonos celulares.

Daphne utilizó el suyo para llamar a nuestros amigos y yo ordené comida tailandesa para cenar. Me seguía costando demasiado flexionar mis dedos para presionar las teclas del teléfono. Tardé un rato en lograr marcar el número del restaurant que se había vuelto nuestro favorito. Vi a Daphne pasearse por el apartamento mientras conversaba con Cyril, se lo veía de lo más animada. Por un momento pensé en cancelar la visita mientras Daphne dormía, no estaba segura de querer recibir a nadie más en nuestro apartamento. No cuando las cosas iban tan bien entre Daphne y yo. Nunca había tenido una amiga y Daphne parecía querer llenar ese espacio vacío. Yo no estaba segura de querer que ese hueco en mi interior se llenara, pero vaya que no quería tener que compartir a Daphne con nadie más.

Nuestros amigos acordaron ir a visitarnos dos semanas después de la llamada que les hizo Daphne. Alex tenía una nueva pareja, había terminado con la enfermera del hospital para comenzar a salir con una colegiala de la edad de Jollie. Estaba segura de que aquél noviazgo no duraría y de que era muy probable que Alex la abandonara en cuanto encontrara a otra chica que sucumbiera a sus encantos. Alex Byron era seductor y atractivo. Pasaban los días y nuestra estancia en Santa Barbara comenzó a volverse monótona y aburrida. Siempre era la misma

rutina: desayunar, ir de compras o a la playa, ordenar comida a domicilio para la cena y luego nos desvelábamos viendo alguna teleserie de mala calidad o una película. En ocasiones recibíamos visitas, los atractivos vecinos venían a cenar con nosotras y otras noches, cuando no teníamos ningún plan mejor, salíamos a tomar un trago.

Daphne me había llevado ya al médico para que me quitaran los puntos de las muñecas y también comencé a asistir a la terapia de rehabilitación para recuperar la movilidad de mis manos.

Detestaba entrar a ese lugar, estaba lleno de personas que intentaban recuperarse luego de algún accidente y todos ellos se veían tan felices... Se sentían afortunados por tener una nueva oportunidad de continuar con sus vidas.

Ahí conocí a una mujer, no me molesté en averiguar su nombre. Ella tenía una prótesis en la pierna derecha, había sufrido como yo un accidente automovilístico. Tenía treinta o cuarenta años y era pelirroja. Siempre iban sus hijos a la terapia, todos mayores y universitarios. Aquella mujer decía siempre que debíamos estar agradecidos por nuestra buena fortuna y que debíamos aprovechar cada segundo de nuestras vidas pues no sabíamos cuando sería el final. La mujer dejó de ir a la terapia cuando el médico en guardia le dio el alta. Su terapia finalizó y jamás volví a verla.

Una tarde, recibí finalmente noticias de Jollie.

Estaba sentada en el sofá y miraba la televisión. La programación era completamente aburrida, pero yo no podía dejar de cambiar de canal. A veces eso es más divertido que toda la basura que transmiten diariamente. Mis dedos se cerraron alrededor del mando del televisor, se adaptaron a esa forma y sabía que me costaría mucho soltarlo. Ya no me provocaba tanto dolor al flexionar las manos, al menos ya no era tan insoportable gracias a los ejercicios que me obligaban a hacer cuando asistía a la terapia.

De repente escuché el tono de llamada de mi teléfono celular.

El aparato estaba sobre una repisa, haciéndole compañía a nuestra colección de películas.

Me levanté del sofá y apagué el televisor.

Pensé que al otro lado de la línea estaría Daphne, que me llamaba

para decirme que acababa de encontrar un trabajo para mí.

Ella insistía todo el tiempo en que necesitaba distraerme, y un trabajo era su mejor opción. Cuando logré soltar el mando del televisor, mi teléfono había dejado de timbrar. Dos segundos después volví a recibir la llamada.

Número desconocido.

Pulsé el botón para responder.

— ¿Daphne? —pregunté.

Al otro lado de la línea podía escuchar autos. Mi interlocutor estaba en una carretera o en una calle concurrida. Escuché una risa nerviosa y finalmente obtuve una respuesta.

—Tenía ganas de escuchar tu voz, hermana.

— ¿Jollie? —Dije y reprimí la cálida sonrisa que amenazaba con marcarse en mi rostro—. ¿Dónde estás?

—He tenido que escapar de la supervisión de mamá y papá —me dijo, pude escuchar que estaba sonriendo—. Se han vuelto locos cuando descubrieron que en realidad no estuve en ningún viaje escolar. Te estoy llamando desde una cabina telefónica.

— ¿Cómo va todo? —dije, aunque poco o nada me importaba.

— ¡Ha ido de maravilla! —Exclamó ella y la imaginé dando pequeños saltos junto al teléfono—. ¡Ya no estoy embarazada!

—Me alegro —mentí.

— ¿Cómo va todo en Santa Barbara? —me preguntó.

Por alguna razón, ella pensó que yo quería tomar el té para ponernos al tanto.

—Todo está bien —respondí secamente y puse los ojos en blanco.

—Emily y yo te extrañamos mucho —dijo, sabía que era mentira—. Queremos verte pronto.

—Yo también —mentí, de nuevo.

— ¿Cómo van tus manos, hermana?

Instintivamente miré las cicatrices de mis muñecas e intenté cerrar mi puño izquierdo para infringirme dolor. Tomé un profundo respiro antes de responder.

—Estoy recuperándome.

— ¿Has ido ya a la terapia que necesitabas?

Era como si estuviera hablando con mi madre y no con mi hermana menor.

Vi llegar a Daphne. Entró por la puerta principal del apartamento y me saludó con un beso al aire. Llevaba consigo bolsas de compras y noté el delicioso aroma del pollo frito que cenaríamos esa noche.

—Tengo que irme, Jollie —le dije y le di la espalda a Daphne—. Te llamaré después —otra mentira.

—De acuerdo, también yo debo volver o papá y mamá descubrirán que he escapado y estaré en problemas. ¿Prometes llamarme? —casi sonó como una súplica.

—Lo prometo —no pensaba hacerlo.

—Te quiero, Annie.

Antes de que se hiciera el silencio entre nosotras, terminé la llamada.

No iba a responder a eso.

¿Qué se supone que debía decirle? ¿Cuánto la odiaba o cuánto deseaba que hubiera muerto mientras le practicaban el aborto? Al verme libre de la conversación con mi hermana, Daphne se acercó a mí y volvió a saludarme.

Me envolvió en un cálido abrazo, besó mis mejillas y yo la fulminé con la mirada.

Lo último que quería en ese momento era que ella me robara otro beso como solía hacerlo. No pude evitarlo pues en pocos segundos ya tenía sus labios sobre los míos.

No estaba segura de qué relación manteníamos Daphne y yo, pero no puedo negar que me encantaban sus besos. Esa sensación en mi estómago sólo la causaba ella con sus gestos. Ni siquiera Alex Byron me

habría hecho sentir así aunque su vida dependiera de ello.

Esa noche cenamos pollo frito, bebimos cerveza y vimos una película. Nos acurrucamos, nos cubrimos con una manta y comimos frituras mientras reíamos de las pobres niñeras atormentadas por Michael Myers. Daphne se quedó dormida en mi hombro y tuve que acomodar su cuerpo para que no invadiera mi espacio personal más tiempo del necesario. A Daphne le encantaba tenerme cerca, pero yo no disfrutaba de eso tanto como ella.

Apagué el televisor y salí a nuestra terraza. Daphne la había decorado con hermosas flores artificiales. Yo habría optado por algo más natural pero ninguna de nosotras tenía la paciencia suficiente como para cuidar seres vivos que necesitaran hidratarse cada tanto. Vi entonces al gato negro que solía visitarnos constantemente. A Daphne no le gustaba, pero yo lo encontraba como una visita bastante agradable. El gato me miró con sus brillantes ojos amarillos y se mantuvo quieto. Era tan delgado que los huesos de sus costillas se notaban muy marcados bajo su pelaje.

— ¿Tienes hambre? —le pregunté.

Me sentí estúpida al estarle hablando, el gato no podría responderme y si lo hiciera sólo probaría que yo había perdido el juicio.

Y a pesar de ello, entré de vuelta al apartamento y salí con las sobras de nuestra cena.

Le ofrecí al gato un poco de pollo frito, pero esa maldita bestia sólo me lanzó un zarpazo con sus afiladas garras y se marchó. Le lancé con furia el pedazo de pollo y miré la herida. El rasguño se notaba de un intenso color rojo, remarcado en mi blanca piel. Una gota de sangre emanaba de él. Hacía un tiempo había encontrado satisfactorio el dolor. Y ya que el rasguño punzaba levemente, me sentí extasiada. Limpié con mis labios la pequeña gota de sangre y volví a entrar cerrando la puerta de la terraza tras de mí.

Daphne se había hecho un ovillo bajo la manta que nos cubría, así que aproveché que apenas se movía para dirigirme a nuestra habitación y asegurar la puerta.

Me acerqué al armario de Daphne y abrí las puertas de par en par. Sabía que ella había ocultado mi violín entre sus posesiones, era su manera de ayudarme a salir adelante luego del trágico accidente. Daphne creía que yo no lo sabía.

Lo saqué del maletín de cuero negro donde lo guardaba y tan sólo lo

miré.

No era la primera vez que lo hacía, verlo me hacía sentir que tenía una mínima esperanza de volver a ser una persona normal algún día. Lo acaricié con la palma de mi mano derecha, pasé las yemas de mis dedos por las cuerdas y me invadió una profunda tristeza. Lo tomé por el mango con la intención de tocarlo de nuevo. Tuve que detenerme cuando escuché a Daphne levantarse y llamar mi nombre.

Sintiéndome como si ella me hubiera atrapado haciendo algo indecente, dejé mi violín en su sitio para pretender que nada había ocurrido y salí al encuentro de Daphne. Nos acurrucamos de nuevo y terminamos de ver la película.

Todo continuó bajo lo que podía llamarse normalidad cuando estaba cerca de Daphne Wayne. Beber y conocer sujetos en bares era cosa de todos los días, varios de ellos habían ido a fornicar en nuestro apartamento con Daphne mientras yo dormía en el salón. Cuando nuestra búsqueda de hombres adinerados y apuestos no obtenía resultados, Daphne llegaba tan ebria a casa que incluso pretendía hacer el amor conmigo. Siempre me negué y la dejaba durmiendo en el cuarto de baño con la puerta asegurada.

Daphne Wayne estaba como una cabra y quizá yo lo estuviera también.

Era por eso que me sentía tan atraída por ella. Dejé que continuara besándome y yo comencé a robar también uno que otro beso de sus labios.

Pronto me declaré abiertamente bisexual, Daphne había sacado ese lado de mí.